

# La última cena

Alejandro Robles

*Uno de los secretos mejor guardados de la literatura cubana, autor del fulgurante libro de cuentos La máquina de Olmos, nos otorga uno de sus pocos cuentos aún inéditos, escrito con ese estilo irónico y perturbador que lo caracteriza.*

Eres el dueño y el chef de un exitoso restaurante de Houston. Se llama Cardamomum. Es el nombre de una especia exótica venida del Oriente. El nombre trae en sí mismo un aroma que evoca refinamiento y exquisitez. Como dueño y chef de un restaurante exclusivo, tu obsesión y tu ego —de dimensiones oceánicas— te impulsan a preguntarle personalmente a cada uno de los clientes qué les ha parecido tu comida. Afirmas que es muy importante conocer sus opiniones, pero lo que en realidad te interesa, lo que anhelas con sorda pasión, es escuchar sus elogios.

A quince kilómetros del restaurante está la cárcel del estado. El alcaide es uno de tus clientes habituales. Con el tiempo se han hecho amigos. Una vez al mes ejecutan a un condenado con inyección letal. Durante su breve estancia en el “corredor de la muerte”, éste tiene derecho a pedir su “última cena”. Por lo general, ordena *fast food*: hamburguesa y papas fritas, huevos revueltos con tocino, costillas con salsa BBQ, incluso pizza. Piensas que semejante elección delata un paladar poco refinado.

Una noche en la que el alcaide permanece en el restaurante hasta la hora del cierre, te propone convertirte en el chef de los condenados a muerte. Lo piensas unos segundos, pero te niegas. Por lo general, esos reos son asesinos despiadados. ¿Por qué —le preguntas al alcaide— ser compasivo con alguien que no lo fue?

En el momento en que un condenado recibe su “última cena” —te lo ha dicho el alcaide— está a menos de una hora de la ejecución, ¿cuál sería el sentido de elaborar un succulento plato que ni siquiera será digerido? Y, lo más importante —algo que, sin embargo, no te atreviste a decir—, ¿por qué prepararle a alguien una cena si no podrá decirte qué le pareció

tu plato y se irá al otro mundo con su opinión? El criterio de un cliente —y cuando dices “criterio” piensas en alabanzas— es lo más importante para ti.

Sirves otra copa de brandy y le dices al alcaide que si fueras un condenado pedirías una cena elaborada con caviar Alma, que se extrae del esturión beluga y sólo se puede hallar en Irán, de manera que al elevadísimo precio de la hueva habría que sumar el costo del boleto de avión. Con el caviar Alma conseguirías el aplazamiento de la ejecución tal vez una o dos semanas, y justo cuando la comida llegara a tu celda la rechazarías por no ser de tu agrado, y entonces pedirías un plato hecho con trufas blancas que sólo pueden conseguirse en ciertas regiones de Italia o Croacia. Días o semanas después, cuando ese nuevo plato llegara a tu celda, lo rechazarías igualmente para pedir otro, elaborado con hongos Matsutake o un filete de carne de Kobe que sólo se obtiene de exclusivas vacas japonesas que reciben sake y cerveza como parte de su dieta cotidiana. Sin embargo, también ese nuevo plato sería rechazado y sustituido por otro que a su vez rechazarías, sustituyéndolos por otros que también serían despreciados. Pedirías siempre ingredientes cada vez más exóticos, caros y difíciles de hallar para lograr el aplazamiento indefinido de tu ejecución. Los dos ríen, pero el alcaide te explica que ello es imposible, porque la última cena de los condenados a muerte no puede superar cierta suma de dinero. En algunos estados pueden consumir alimentos por un valor de 20 dólares, en otros de 30 y en el tuyo no les está permitido exceder los 15.

Razón de más para no convertirte en el chef de sus últimas cenas.

Una semana más tarde el alcaide va a tu restaurante acompañado por una mujer que te presenta como

una amiga. Es joven y te parece hermosa. Te enteras, unos días después, de que es doctora forense y que realiza las autopsias a todos aquellos que mueren en la cárcel del estado, ya sea por inyección letal o cualquier otra causa.<sup>1</sup>

Una tarde, en el restaurante, el alcaide te habla de ella. Te cuenta que optó por la medicina forense porque quería escapar de los pacientes que describen malestares y síntomas vagos. Quería huir de los quejidos de dolor y del sufrimiento. Prefería la perfección del silencio absoluto, el cuerpo inerte y callado que habla desde la muerte. Eso —te dice el alcaide— la ha convertido en una mujer muy delicada y extremadamente meticulosa, atenta a los más mínimos detalles. Ahora te parece aún más atractiva y seductora. En los días siguientes haces lo indecible por entrar en contacto con ella. Recurras incluso al alcaide, pero la mujer, que ama el silencio, se muestra elusiva.

Decides convertirte en el chef de los condenados a muerte para tener algo en común con la mujer de la que te has enamorado. Cuando el alcaide te pregunta a qué se debe tan repentino cambio de opi-

<sup>1</sup> Por paradójico que parezca, a los condenados a muerte se les practica la autopsia para estudiar los niveles de daño provocados por las toxinas durante la ejecución por inyección letal.

nión, le respondes que tu comida será a la vez un premio y un castigo. Después de probar el primer bocado, el deleite será tal que se arrepentirán de haber cometido esos crímenes. Dejarán este mundo sin volver a probar tus delicias. Una sola condición le pones al alcaide: además del plato, sin duda vulgar, que elegirá el condenado a muerte, enviarás otro elegido por ti, que no tendrá límite de costo porque serás tú quien lo pague. Tras meditarlo unos días, el alcaide acepta.

Durante los cuatro meses siguientes, preparas últimas cenas para seis condenados que reciben la inyección letal. Que esos seis hombres se hayan ido sin decirte qué les ha parecido tu comida te carcome por dentro como un parásito venenoso que perturba tu sueño y oscurece tus días. Ya no sabes qué hacer para sobreponerte a ese vacío, a esas palabras ausentes, a esos elogios nunca dichos y que habrían servido de recompensa a tu alma. Has pensado que con la comida podrías enviar un cuestionario al reo, para que, antes de morir, deje constancia de su opinión, pero sabes que no será aceptado. Y, de ser permitido, ¿qué ocurriría si el condenado decide no contestarlo? Sería peor aún. Sería catastrófico. Eso te llenaría de incertidumbre y terminaría precipitándote en el abismo de las dudas. Además, ¿cómo obligarlo?, ¿lo amenaza-



rías diciéndole que si no llena tu cuestionario será ejecutado con inyección letal?

Sabes que a las ejecuciones asisten testigos voluntarios, y una de esas noches en las que no puedes conciliar el sueño, piensas incluso en la disparatada posibilidad de convertirte en testigo sólo para arrancarle al reo un gesto que te haga saber qué le ha parecido tu comida. Te imaginas frente al enorme vidrio que separa a los testigos de la cámara de ejecución haciendo ademanes descontrolados, tratando de comunicarle al condenado con mímica ridícula tu imperiosa necesidad de saber qué le ha parecido tu comida. El reo, del otro lado del vidrio, al borde mismo de la muerte te miraría sin comprender. Supones además que, en ese momento umbrátil, a sólo minutos del fin, el preso estará concentrado en cosas más trascendentes. Cuando lo acuesten en una camilla, en la que reposará por primera y última vez, tú estarás todavía pegado al vidrio con tu pantomima.

El silencio de los condenados ha convertido tu vida en una tortura perenne; tampoco has logrado despertar el interés de la doctora silenciosa. Entonces concibes un plan, transgresor y descabellado, pero un plan al fin: tomas finísimas tiras de papel blanco y escribes en ellas con letra diminuta, tan minúscula que parece trazada por un parásito. De ese modo le confiesas la atracción que sientes por ella, en otra la invitas a cenar, en otra describes su increíble belleza. Redactas una veintena de esos minúsculos mensajes. Enrollas los delgados pergaminos y los recubres con plástico transparente, el resultado son unos pequeñísimos balines blancos apenas más grandes que un grano de arroz. En la última cena del siguiente condenado insertas tus mensajes en los trozos de carne; sabes que no tendrá tiempo de digerir la comida y menos tus mensajes protegidos por plástico. Si la doctora forense es tan meticulosa como afirma el alcaide, dará con ellos. Los extraerá con una pinza y los descifrá bajo la lente poderosa de una lupa.

Pasan los días y no ocurre nada. Al hecho de no saber qué piensan los condenados, se añade el silencio de la doctora. Silencio sobre silencio. Haces un segundo, un tercero y hasta un cuarto intento de comunicarte con ella, empleando el mismo método. Los condenados a muerte, como disparatados caballos de Troya, son tus mensajeros. Tu soliloquio se hace cada vez más apasionado y profuso. Ahora enumeras las tiras de papel para que ella pueda seguir el delicado hilo de tu discurso amoroso. Pero no hay respuesta. El silencio sin nombre te rodea.

Te llama el alcaide porque debes preparar otra última cena. Como de costumbre te esmeras y elaboras un platillo suculento. Unos minutos antes de concluir y, ya con los minúsculos mensajes listos, vuelve a lla-

marle el alcaide. El condenado no será ejecutado porque ha intentado suicidarse y va camino del hospital. Durante el último mes ha estado recibiendo somníferos y tranquilizantes por prescripción médica, pero no los ha tomado. Los ocultaba bajo la lengua y una hora antes de la ejecución se los tragó todos de golpe.

La comida se queda ahí en tu cocina. Minutos después, entra al restaurante una pareja. Ella es alta, delgada y atractiva. Él es más bien robusto. Ella pide uno de tus exquisitos pescados, pero él no se decide por ningún plato. Le ofreces la comida que acabas de preparar para el condenado. Él —sin saber a quién estaba destinada— acepta. Afortunadamente no habías insertado aún los balines con tus mensajes. Piensas que de todas formas ya no tiene sentido hacerlo, pues la doctora forense o no es tan meticulosa como afirma el alcaide o no los ha encontrado o simplemente te ignora. Además, ¿qué se puede esperar —te preguntas— de un mensaje de amor encontrado en los intestinos de un asesino despiadado? ¿Cómo hallar belleza en unas palabras que vienen perfumadas de excremento o sumidas en los restos de comida a medio digerir?

Esperas a que el cliente termine de comer y entonces te acercas a su mesa y le preguntas qué le ha parecido su plato. De su boca sólo salen elogios. Describe los sabores y los aromas y, por si fuera poco, alaba la delicadeza de la presentación. Por fin has escuchado una opinión sobre una última cena. Te sientes dichoso. Sus palabras han borrado de golpe el silencio. Han terminado tus tormentos, tus horas de incertidumbre y angustia. Es la primera vez en muchos meses que no te vas a la cama torturado y que logras dormir bien. A la mañana siguiente despiertas con una increíble sensación de bienestar.

Cuando llegas al restaurante te sientas frente a tu laptop y revisas las noticias en internet. No ha ocurrido nada trascendente en tu ciudad, más allá del indulto a un condenado a muerte que se recupera en un hospital. Dejas por unos minutos las noticias de Texas para ver qué ocurre en otras ciudades y otros países. Algo te lleva a la Ciudad de México. Lees que ha habido un asesinato a la salida de un sitio que se llama El Viejo y el Bar. Evidentemente una parodia etílica de un título de Hemingway. Al ver la fotografía de la víctima reconoces al cliente que venía acompañado por la mujer delgada y atractiva al que le ofreciste y aceptó la comida del condenado a muerte. Te enteras de que se llamaba Javier Soto. De pronto algo te ensombrece, piensas que después de todo tú le ofreciste una última cena. Te sientes culpable; la dicha que sentías se eclipsa unos segundos, pero, justo en ese instante, la doctora forense atraviesa las puertas del restaurante. Lleva en la mano un ovillo de finas tiras de papel escritas y avanza hacia ti sonriendo. **U**